

## 088. Ante tus ojos, Señor

¿Sabemos cuál es la diferencia entre nuestro Dios y cualquiera de los dioses de los paganos antiguos o modernos? Es muy sencillo de entender.

Los dioses de esos pueblos eran unos seres que moraban en las alturas, desentendidos totalmente de los hombres. Como eran fuertes y podían hacer mucho mal, era cuestión de tenerlos contentos.

Se les ofrecían para ello sacrificios de animales e incluso de hombres. En Egipto, por ejemplo, para que el Nilo no se desbordase y echara a peder todas las cosechas, cada año se ofrecía en sacrificio, arrojándola en sus aguas, a la muchacha más bonita que se encontrara...

En los pueblos de Canaán que rodeaban a Israel, se mataba a los niños en honor del dios Moloc. Los templos eran en todas partes edificios fríos, moradas que se le hacían al dios que fuese para que no se quejara, y nada más...

El Dios que se reveló a Israel era muy diferente de todos los demás. Era el Dios vivo, el Dios que moraba en las alturas, el Dios de los ejércitos de estrellas, del Universo, el que lo llena y domina todo.

Pero, a la vez, era el Dios cercano, el que tiene sus delicias en habitar con los hombres, el que nos ama, el que nos protege. Es el Dios que nos guarda aquí y el que nos aguarda en su Cielo para estar después siempre con Él.

Al mandar Dios al mundo su Hijo hecho hombre, la familiaridad de Dios con los hombres llegó a su colmo, hasta donde no podía llegar más: Dios era como nosotros y nosotros éramos como Dios.

Hay mucha diferencia entre el Dios nuestro y los dioses de los pueblos paganos, ¿no es así?...

¿Qué ha sucedido entonces entre nosotros y Dios? Pues, esto: que se han establecido entre Dios y nosotros unas relaciones insospechadas de amor: de padre con sus hijos, de amigo con sus amigos, Y, siguiendo la comparación que Dios mismo nos ha enseñado en la Biblia, ha establecido unas relaciones esponsales, como de esposo con su esposa...

¿Qué quiere decir todo esto? Que la comunicación con Dios se convierte para el cristiano en algo natural, constante, como la cosa más ordinaria. El cristiano sabe practicar hasta lo último aquello de Dios a Abraham: *-Camina en mi presencia, y serás perfecto* (Génesis 12,1). *El cristiano no sabe prescindir de la presencia de Dios. Se apega a Dios y con él va todas partes.*

San Francisco de Sales lo explica con una comparación deliciosa. Se imagina a Luis, Rey de Francia, que va de campaña a la guerra. Su esposa no lo suelta. *-¡Me voy contigo a donde tú vayas! Y el rey: -Si tú lo quieres... Pero, mira a lo que te expones...*

Los generales, los consejeros del rey, sabedores de la decisión de la reina, le quieren disuadir: *-Señora, ¿ya sabe que vamos a la guerra contra los moros? Pero la mujer, firme: -Sí; lo sé. Pero yo voy con el rey.*

*- Pero es que vamos lejos, nos tenemos que embarcar para el África, a Marruecos, hasta Egipto...*

- *Yo ni sé dónde está todo eso. Yo sólo sé que yo voy con el rey, mi esposo.*  
- *Mire que vamos a sitiar Jerusalén, se entablará seguramente dura batalla, ¿y qué podría ser de nuestra reina? ¿Qué nos dice?...*  
- *Mi última palabra es que yo no me separo de mi esposo el rey. Yo voy con él a todas partes.*

La comparación es aleccionadora por demás. Dios no da miedo. Dios en Jesucristo se ha hecho el Emmanuel: el “Dios-con-nosotros”. Y a Dios no lo dejamos nunca. ¡Con Dios a todas partes y en todas partes!

Por eso no le tememos a Dios. Nos tenemos miedo a nosotros mismos, que podríamos abandonar a Dios, abusando de nuestra libertad y quedándonos sin Dios por culpa nuestra.

No solamente no le tenemos miedo, sino que lo buscamos como al mejor amigo. Reproducimos la escena de Adán y Eva inocentes, que cada día paseaban con Dios por el jardín a la brisa del atardecer. Hacemos como Abraham, que camina con Dios y hasta discute con Él pidiendo rebaja, como el cliente con el vendedor. Dios se ha dicho antes: - *¿Cómo voy a ocultar a Abraham lo que voy a hacer, si es mi amigo?...* (Gén.18, 17)

Al pensar siempre en Dios, la oración le sale al cristiano espontáneamente de los labios, como que Dios y el cristiano son dos amigos que se tienen que hablar. Siempre ante la mirada de Dios, si se presenta el dolor o una prueba inevitable de la vida, sale con naturalidad el decir: - *¡Dios mío, ayúdame!*

Es curioso cómo una mujer se hizo santa organizando ferias, espectáculos y divertimientos populares. El ajetreo con que debía moverse de pueblo en pueblo para preparar y desarrollar la fiestas era constante. Cuando se le preguntó: - *¿Y cómo lo hace para conservarse bien y buena, en medio de este barullo y en una profesión u oficio tan especial?* Y ella, sonriente, respirando por todos sus poros amor a Dios y los hombres sus hermanos, respondía con gracia: - *¿Cómo? Muy fácil: no perdiendo nunca el pensamiento de la presencia de Dios.*

Jesús se lo había dicho a la samaritana: - *Día vendrá en que los verdaderos adoradores de Dios lo van a hacer en espíritu y en verdad* (Juan 4,23-24)

Como si dijera Jesús: Lo harán en cualquier parte. Porque a Dios no lo van a hallar precisamente ni en este monte Garizín ni en el templo de Jerusalén, porque lo van a ver de continuo en su propio corazón...

*Los dioses de los paganos habitaban en templos fríos y vivían desentendidos de los hombres. Nuestro Dios, no. Aunque quisiéramos, nos sería imposible alejarnos de Dios. Pero, si encima le queremos, ¡hay que ver cómo le hacemos estar con nosotros y con qué cariño nos mima!...*